

# Pertenecer

*Pastor Tim Melton*

Tómate un momento y piensa dónde has experimentado el mayor sentido de pertenencia. ¿Fue por el lugar... por la gente... los recuerdos... o tal vez fue la seguridad... o la familiaridad? Tal vez te sientes como en casa cuando estás en tu país, con tu gente y tu cultura. Tal vez es con un querido amigo que siempre dice la verdad pero acompañándola con gracia. Quizás fue con un grupo de personas con las que compartiste muchas experiencias. Tal vez pienses en varios lugares, o quizá en ningún lugar.

En Cristo encontramos el lugar de pertenencia que todos anhelamos, el lugar de la verdad perfecta, la gracia infinita y el amor incondicional. Para todos los que creemos en Jesucristo, así es como terminará nuestra historia, en el cielo, en la presencia de Dios, donde pertenecemos. Este es el final de la historia, pero tenemos que conocer su comienzo para apreciar el final.

Pertenecer ha sido el plan de Dios para nosotros desde el principio.

En Génesis 1, leemos la historia de la creación. Leemos cómo Dios creó nuestro mundo y "era bueno". Todo era bueno, excepto por una cosa. En Génesis capítulo 2, Dios vio que no era bueno que Adán estuviera solo. No sabemos si Adán estaba realmente solo ni si estaba familiarizado con el concepto de soledad. Estaba en perfecta relación con Dios. A Adán no le faltaba nada, pero estaba solo. Entonces, Dios creó a la primera mujer, Eva (Génesis 2:18).

Para los propósitos de Dios en este mundo, Adán necesitaba una compañera. Los propósitos de Dios no serían posibles a través de una persona viviendo una vida de soledad. En estos versículos vemos que el pertenecer unos a otros es una parte esencial del plan de Dios en la tierra. Y así comenzó: Dios, Adán y Eva en perfecta comunión y pertenencia.

En Génesis 3, a continuación, leemos sobre la rebelión de Adán y Eva contra Dios. Inmediatamente, en los versículos siguientes, fueron conscientes de su vergüenza y desnudez y buscaron esconderse de Aquel que los había creado. La pertenencia se perdió. La vida ya no era un viaje de pertenencia, amor y confianza. Ahora era un camino de supervivencia. Era necesario esconderse, culpar, defender y no dejar que nadie se acercara lo suficiente como para hacerte daño.

Adán y Eva actuaron como si Dios no supiera lo que hacían y como si Dios no pudiera encontrarlos. De alguna manera pensaron que esconderse haría que todo fuera mejor. Estaban más dispuestos a

soportar el dolor de la separación que su pecado había causado, que ser expuestos por quienes realmente eran. A menudo hacemos lo mismo. Ignoramos o justificamos nuestro pecado con la esperanza de evitar de alguna manera las consecuencias.

Como Adán y Eva, corremos y nos escondemos de Dios, pero Él ya lo sabe todo sobre nosotros. En 1 Corintios 13:12, Pablo, hablando del cielo, escribe: *"Entonces conoceré del todo, como Dios mismo me conoce."* Lucas 6:15 dice: *"Vosotros pretendéis pasar por gente de bien delante de los demás, pero Dios sabe lo que hay en vuestro corazón."* Hebreos 4:13 declara: *"Ninguna criatura se le oculta a Dios; todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel ante quien debemos rendir cuentas."*

Podemos correr y escondernos de él, negarnos a creer o rebelarnos contra él, pero el hecho es que todos nuestros pecados e imperfecciones ya son completamente conocidos por Dios. Es **la mala noticia que nos lleva a la buena noticia.**

Tememos porque con seguridad este Dios justo nos rechazará y castigará como nuestro pecado merece. Pero Dios lo sabe todo sobre nosotros, y las Escrituras contienen estos dos versículos clave. Romanos 5:8 dice: *"Dios nos ha dado la mayor prueba de su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores."* Romanos 8:1 nos dice: *"Ninguna condena, por tanto, pesa ya sobre los que pertenecen a Cristo Jesús."*

Solo en Cristo se pueden quitar el pecado y la culpa. En Él podemos ser verdaderamente nosotros mismos, ser declarados culpables, ser perdonados, renovados y amados de verdad a pesar de quienes somos. Cristo es la clave de la pertenencia. Ya no tenemos que elegir entre ser conocidos o amados. En Él somos completamente conocidos, completamente perdonados y completamente amados.

Para que experimentemos el amor y la pertenencia en nuestras relaciones humanas, primero debemos experimentar el amor incondicional de Dios por nosotros. No puedes demostrar consistentemente este tipo de amor incondicional hacia otra persona si tú mismo nunca has experimentado ser amado de esta manera. Estando aferrados de forma segura al amor íntimo de Dios, podemos tender la mano y hacernos vulnerables con los demás de una manera que haga posible la verdadera pertenencia. Claramente es un riesgo y en ocasiones habrá dolor, pero si nuestro fundamento está en Cristo, nos da la seguridad para abrir nuestro corazón, exponer nuestras faltas y arriesgarnos a ser plenamente conocidos por otros.

Nuestra única alternativa sería vivir una vida de aislamiento emocional.

Glynn Wolfe murió solo en Los Ángeles a la edad de 88 años. Nadie vino a reclamar su cuerpo; la ciudad pagó para que lo enterraran en una tumba sin nombre. Es algo triste, pero no inusual. Ocurre con demasiada frecuencia en las grandes ciudades, donde la gente tiende a vivir vidas desconectadas.

Sin embargo, la situación de Glynn era única porque no era un hombre común. Tenía un récord mundial. El Libro Guinness lo incluyó como el hombre más veces casado, con 29 matrimonios en su haber. Esto significa que 29 veces se le preguntó: "¿Consideras a esta mujer como tu legítima esposa... renunciando a todas las demás? ¿Te comprometes solo con ella, mientras ambos viváis?" Veintinueve veces, Glynn Wolfe dijo: "Sí, quiero", pero nunca resultó así.

Dejó varios hijos, nietos, bisnietos, varias exesposas vivas e innumerables exsuegros, y aun así, murió solo. Pasó toda su vida adulta buscando ese sentido de pertenencia que aparentemente nunca encontró, y murió solo.

El Sr. Wolfe no está solo en su búsqueda de pertenencia. Muchos de nosotros estamos rodeados de gente todos los días, pero aún así anhelamos relaciones profundas en las que realmente nos conectemos con los demás. Donde podamos conocer y ser conocidos al nivel más profundo. Es tan difícil para nosotros. A veces, incluso los matrimonios se componen de dos personas que comparten la misma cama, pero poco más.

Independientemente del momento o el lugar de la historia, el pecado siempre ha alejado a la humanidad unos de otros. Siempre ha amenazado la pertenencia a nivel del corazón. En nuestros días simplemente está acentuado. La sociedad occidental defiende el individualismo. El Covid-19 nos lleva aún más al aislamiento.

Philip Zimbardo, psicólogo de la Universidad de Stanford, escribió estas palabras en su artículo para la revista Psychology Today: *“No conozco ningún asesino más potente que el aislamiento. No hay influencia más destructiva para la salud física y mental que aislarte tú de mí y nosotros de ellos. Se ha demostrado que es un agente central en la etiología de la depresión, la paranoia, el asesinato, la esquizofrenia, la violación, el suicidio y una gran variedad de estados de enfermedad.”*

Muchos cristianos viven en aislamiento y soledad, pero no tienen por qué hacerlo. La “pertenencia” que se perdió debido a nuestro pecado ha sido recuperada a través de Cristo cuando nos arrepentimos de nuestro pecado y creímos. Como cristianos, hemos sido reconciliados con Dios. Ahora somos parte del cuerpo de Cristo y la familia de Dios.

Se podría describir como una “pertenencia de hecho” frente a una “pertenencia sentida”. El hecho es que, en la vida de todo cristiano, se ha restaurado la “pertenencia”. Somos plenamente conocidos, amados y abrazados por nuestro padre celestial. Ahora también pertenecemos a la familia de Dios que está formada por todos los que siguen a Cristo. Como nos dice Gálatas 3:26-28:

*“En efecto, todos vosotros, los que creéis en Cristo Jesús, sois hijos de Dios, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo habéis sido revestidos. Ya no hay distinción entre judío y no judío, ni entre esclavo y libre, ni entre varón y mujer. En Cristo Jesús, todos sois uno.”*

Dios ha traído cerca de Él a los que estaban alejados y apartados. A los que no pertenecían, les ha hecho ciudadanos plenos en Cristo. Ha tomado a los perdidos y los ha adoptado en Su familia eterna, con todos los derechos y privilegios que eso conlleva. Todos los que hemos recibido a Jesucristo y hemos creído en Él ahora somos hijos de Dios. Tenemos el mismo Padre, el mismo Salvador y el mismo Espíritu viviendo en nosotros. Independientemente de nuestro color de piel, sustrato cultural, situación económica, nivel de educación, primera lengua o país de origen, somos hermanos y hermanas en Cristo. No estamos unidos por linajes humanos, sino por la sangre de Jesucristo.

Así que ahora, nuestras identidades terrenales serán secundarias y nuestra identidad en Cristo será primaria. A medida que caminamos diariamente con Cristo, esta identidad como hijos de Dios debe empezar a moverse al frente. Al hacerlo, deberíamos vivir y amar más y más como hijos de Dios.

Si bien esta “pertenencia de hecho” suena bien, para muchos en la iglesia no hay un sentido de “pertenencia sentida”. Francis Chan describe el problema con esta historia.

Habla de un joven que dejó una pandilla violenta en su ciudad para seguir a Cristo, ser bautizado y unirse a la iglesia. Después de aproximadamente un año, el joven dejó de asistir a la iglesia. Uno de los líderes de la iglesia le vio y le preguntó qué había sucedido. El joven dijo: “Cuando te unes a una pandilla, después de haber sobrevivido a la iniciación, te conviertes en familia. 24 horas al día, 7 días a la semana, pase lo que pase, están el uno para el otro. Pensé que lo mismo sucedería en la iglesia una vez que me bautizara, pero veo que no es así. Se ven los domingos y tal vez los miércoles, pero aparte de eso no hay sentido de pertenencia ni de familia, todo el mundo simplemente cuida de sí mismo.”

Es una historia convincente. ¿No sería grandioso ser una iglesia que viviera 1 Corintios 12:26? *“Y así, cuando un miembro sufre, todos sufren con él, y cuando recibe una especial distinción, todos comparten su alegría.”* Se nos ha dado todo lo que necesitamos en Cristo para pertenecer, pero de alguna manera seguimos viviendo con la misma mentalidad que el mundo.

Esta idea de una comunidad llena de amor, para muchos suena demasiado buena para ser verdad. Eso es porque la mayoría de nosotros estamos más familiarizados con la traición del mundo que con la seguridad de estar entre el verdadero pueblo de Dios. Entonces, nos ocupamos de nosotros mismos. Lo cual es desafortunado. Compartir la vida con otros tiene sus riesgos, pero los beneficios los superan con creces.

Quizás eres un cristiano de los que dice: “Prefiero vivir mi vida cristiana solo... No necesito vivir mi vida en comunidad con otros cristianos.” Tal vez no estés de acuerdo con la idea de necesitarse unos a otros, pero eso no es lo que nuestro Dios Creador dice sobre la vida humana.

En las Escrituras vemos que la vida siempre fue pensada para ser vivida en comunidad... juntos. Solo en comunidad podemos convertirnos en quienes fuimos creados para ser. Cuando vivimos en relación con los demás, nuestro carácter se ve desafiado y afilado para llegar a ser más como Cristo. Nuestras faltas quedan al descubierto y nuestras fortalezas se comparten. Piensa en las características de Cristo: amor, generosidad, servicio, paciencia, perdón y misericordia. Ninguna de ellas puede desarrollarse y expresarse si una persona está viviendo la vida por sí misma. Esa era una de las debilidades de vivir en un monasterio hace siglos. Los monjes habían decidido que la única forma de ser como Cristo era vivir en aislamiento y estar separados del mundo, cuando en realidad era todo lo contrario. Es cuando vivimos en el mundo cuando realmente somos moldeados para ser como Cristo. Fuimos creados para ser una bendición para los demás como Cristo es una bendición para nosotros. Es solo cuando vivimos intencionalmente junto a otros cuando realmente comenzamos a vivir la vida a la que Dios nos ha llamado. Muchos de los mandamientos de las Escrituras solo son posibles si compartimos la vida con los demás.

Como nos instruyen las Escrituras, amaos unos a otros. Sed fieles unos a otros. Soportad las cargas los unos de los otros. Sed hospitalarios unos con otros. Servíos los unos a los otros. Edificaos unos a otros. Consolaos unos a otros. Animaos unos a otros. Perdonaos unos a otros. Confesaos el pecado el uno al otro.

Pertenecer a los demás da miedo. Significa que la gente conocerá los detalles de tu vida. Conocerán tus faltas y las imperfecciones de tu carácter. Verán cómo tratas a tu cónyuge, cómo crías a tus hijos, cómo vives tu vida privada. Exige ser auténtico, cuidarse unos a otros, estar disponible, volverse vulnerable. ¿Quién quiere todo eso? En nuestras vidas individualistas, en las que no conocemos a nuestros vecinos y tampoco tenemos deseos de hacerlo, preferimos llegar a casa por la noche, cerrar la puerta, encender la televisión o el ordenador y pasar la noche entretenidos o navegando por Internet. Sin responsabilidad por los demás.

Esta es la vida elegida por muchos. Hemos construido muros a nuestro alrededor, donde los demás se mantienen a una distancia segura y donde podemos maniobrar y manipular la vida de una manera cómoda. Predecible, segura, pero no como Dios quería. El plan de Dios incluye relaciones imperfectas y de riesgo con las personas. Y Dios nos ha dado lo que necesitamos no solo para sobrevivir en las relaciones, sino para crecer.

Si volvemos al evangelio al comienzo de cada día, seremos humillados por nuestro pecado, nuestra pecaminosidad y nuestro quebrantamiento. El orgullo desaparecerá y no tendremos necesidad de pensar más en nosotros mismos. Tal y como Jesús nos instruye que hagamos en Mateo 7, primero tomamos nota de la viga del pecado en nuestro propio ojo antes de juzgar la astilla en el ojo de otra persona. Una vez más se nos recuerda la "mala noticia", que nos lleva a la "buena noticia". Hemos sido perdonados. Somos amados. Hemos sido adoptados. Estamos seguros. Cristo está en nosotros y nosotros estamos en Él. Ya no tenemos que ganarnos el amor o actuar para la aprobación de los demás. Podemos mantenernos firmes, incluso en las circunstancias más humillantes y debilitantes, porque no pueden robarnos nuestra fuerza, nuestra alegría, nuestra esperanza o nuestra paz. Todo esto ahora viene de adentro. Estamos en Cristo. Nuestro Padre nos quiere, nos cuida, nos provee y nos ama. Estamos seguros... Así que ya no necesitamos devorarnos unos a otros, o menospreciar a los demás para estar por encima de ellos, o alardear de lo que hemos hecho para que todos lo sepan, o hundirnos si no tenemos éxito en algún esfuerzo terrenal. Nuestras vidas están edificadas sobre la roca, y aunque vengan tormentas e inundaciones, nos mantenemos firmes sobre el fundamento de Cristo.

Puesto que Él satisface nuestras necesidades, ahora podemos dejar de usar a las personas y simplemente amarlas como Cristo nos amó a nosotros. Esa es la belleza del evangelio. Nuestra relación de amor con Dios se extiende a todas nuestras relaciones para su gloria y nuestro bien.

Fíjate en estos ejemplos para ver cómo afecta el evangelio a la forma de relacionarnos con los demás:

- Si aún no somos conscientes de nuestro pecado y del perdón que hemos recibido por medio de Cristo, entonces juzgaremos a los demás por sus faltas y seremos tentados a alejarnos llenos de indignación y arrogancia. Resultado: Amistades de corta duración.
- Si no estamos seguros del amor incondicional y omnisciente de Cristo por nosotros, entonces nos faltará valor para ser transparentes y auténticos con los demás. Seguiremos buscando aprobación y temeremos el juicio y la humillación. Solo diremos o haremos lo que les haga felices. Resultado: Amistades superficiales sin pertenencia ni confianza.

- Si no estamos seguros de Cristo y el valor y la gracia que Él ya nos ha dado, no seremos capaces de aceptar palabras duras de gente que nos ama y nos ayuda a ser mejores personas. En lugar de “oír palabras de llenas de verdad y amor”, las escucharemos a la defensiva como “palabras de condena”. Resultado: Estaremos a la defensiva y los demás dejarán de decirnos la verdad. Nos ofenderemos fácilmente y dejaremos las amistades que nos causen malestar.
- Si no creemos en el poder transformador de Jesucristo, si no creemos que a través de Cristo las personas pueden cambiar, entonces no tendremos la perseverancia de resolver conflictos que podrían dar como resultado buenas relaciones.

En la seguridad de la gracia de Dios podemos crecer en las mejores y peores relaciones para refinar gradualmente nuestro carácter. Podemos relacionarnos con otros en un nivel más profundo que traerá riqueza a nuestras vidas y de hecho llevará la imagen de Dios a los demás.

Solo en la relación de amor vertical con Dios estamos preparados para los rigores del amor horizontal al prójimo. Solo en nuestra desnudez ante Dios aprendemos a ser transparentes ante los demás. Solo cuando nuestra vida encuentre su lugar de descanso en el amor incondicional de Cristo, podremos amar desinteresadamente a los demás, hablando verdad con amor y dando gracia inmerecida. Solo entonces comenzaremos a experimentar la pertenencia como Dios planeó.

Dios nos ha llamado a amar a los demás como Cristo nos amó. Pídele a Dios que te dé una visión más amplia de las relaciones en tu vida y en nuestra iglesia. Para que haya un sentido de pertenencia, debe haber un sentido de seguridad, honestidad, generosidad, sacrificio y desinterés. Debe haber humildad, autenticidad, verdad y gracia. Debe haber tiempo para pasar juntos. Debemos ser gente que comparta nuestras historias. Debemos poder decir la verdad y recibir corrección. Dar gracia y recibirla cuando nos hemos equivocado.

Permíteme animarte a ser el primero en acercarte a los demás. Sé que estamos en medio del Covid, pero haz una llamada. Envía un mensaje. Mantén una conversación por vídeo. Únete a un grupo de oración. Satisface una necesidad. Tal vez necesites dar pasos públicos de pertenencia y bautizarte o unirte a la iglesia. Somos el cuerpo de Cristo. Permaneciendo en Cristo, Él preparará nuestros corazones para los riesgos y las riquezas que se encuentran en la verdadera pertenencia.

Únete a nosotros la próxima semana para aprender más sobre permanecer en Cristo.

### **Cuestionario:**

1. ¿Qué te ha parecido interesante de este mensaje?
2. ¿Dónde o con quién has encontrado el mayor sentido de pertenencia? ¿Por qué?
3. ¿Por qué crees que la mayoría de las personas se sienten atraídas por las relaciones superficiales?
4. ¿Cuántas personas realmente te conocen, dónde estás luchando y cuáles son tus debilidades? ¿Por qué has elegido relacionarte con ellos?

5. ¿Cómo puede la verdad del Evangelio ayudarnos a desarrollar un sentido de pertenencia con los demás?
6. ¿Dirías que nuestra iglesia ofrece un fuerte sentido de pertenencia a sus miembros?
7. ¿Qué podemos hacer para hacer crecer el sentido de pertenencia en nuestra iglesia?
8. ¿Qué crees que Dios quiere que recuerdes de esta lección?
9. Con esto en mente, ¿qué crees que debes hacer como respuesta?
10. ¿Cómo podemos orar por ti?